

# Prólogo

*Viernes, 18 de abril de 2014*

03:31

Bailey Abbott abrió los ojos. Una luz, tan intensa que le hería la retina. Dolor. En la cabeza y el cuello. Un dolor sordo, persistente. Se dijo que debería gritar, pero no podía articular ningún sonido.

¿Dónde estaba?

Oyó un leve zumbido y un *ping* cerca de ella. Miró a su alrededor. Yacía en una cama. Unas barandillas de acero inoxidable. Unos tubos de plástico transparentes que colgaban de una bolsa que contenía un líquido. El zumbido que había detectado provenía de un monitor junto a la cama.

Un hospital. La constatación penetró suavemente en su pensamiento al tiempo que cerraba de nuevo los ojos.

07:26

Unas voces despertaron a Bailey. Unas voces masculinas. Trató de abrir los ojos, pero los párpados le pesaban.

—¿Por qué no ha recobrado el conocimiento, doctor Bauer?

*La voz denotaba inquietud.*

—Entiendo lo consternado que está ante esta situación, pero debe tener paciencia. La señora Abbott ha padecido una lesión cerebral traumática y en estos momentos está haciendo lo que debe hacer. Curarse.

*¿Una lesión cerebral? ¿A quién se referían? No podía ser a ella.*

Bailey ansiaba decírselo, captar la atención de esos hombres, pero su cuerpo se negaba a responder a sus pensamientos.

—Deme algo, doctor Bauer. Se lo ruego. Me conformo con una hipótesis razonada. Algo a que aferrarme.

—Lo que veo tiene buen aspecto. A juzgar por el nivel de conciencia de su esposa, por la forma en que responde a los estímulos, la lesión traumática que ha padecido es leve. Podría haber sido mucho peor.

*La señora Abbott... Su esposa...*

*Logan...*

Las voces se atenuaron. Bailey trató de agarrarse a algo sólido, pero la oscuridad cayó de nuevo sobre ella.

10:20

*Bailey percibió unas voces. Discordantes. Airadas.*

—¿Qué quieres que te diga, Billy Ray? Iba a caballo y algo la derribó de la silla. Es lo único que sé.

—Rodríguez ha muerto.

—Eso no tiene nada que ver con ella. Los detectives del *sheriff* dijeron...

—Estaba cubierta de sangre, Abbott.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Yo la encontré.

—En efecto, tú la encontraste.

—¿Qué quieres decir con eso?

*Una furia apenas contenida.* Bailey se asustó.

—Como he dicho, había mucha sangre.

—Se partió la cabeza. Sangró.

—Puede que no toda la sangre fuera suya.

—¿Qué insinúas? ¿Que ella disparó contra Rodríguez y lo mató? ¿O que el accidente de Bailey está misteriosamente relacionado con...?

—La desaparición de True.

—¡Por el amor de Dios! ¡Qué disparate!

—De acuerdo, deja que echemos un vistazo a tu finca.

—Estás loco.

—¿Qué tratas de ocultar?

—¡Hijo de perra! ¡Estás chiflado! Si tanto te interesa, consigue una orden de registro.

—¿Qué ocurre aquí?

*La voz de una mujer. Queda, pero furiosa.*

—Debe marcharse, agente. Sólo puede estar la familia.

*Agente... Algo que ella... quería decirle...*

—De acuerdo. Pero te aseguro, Abbott, que, en cuanto tu mujer se despierte, es mía.

—Esto es lo que te obsesiona, ¿no, Billy Ray? ¿Arrebatarme lo que me pertenece?

*Importante... Ahora, antes de que fuera demasiado...*

Pero el lugar silencioso la engulló de nuevo.

22:36

*Un murmullo grave, rítmico. Se introducía serpenteante a través de la bruma, envolviéndola y arrancándola de su confortable nido.* Bailey abrió los ojos. La habitación, tenuemente iluminada, adquirió nitidez. Aséptica e inhóspita.

Bailey dirigió la vista hacia el lugar del que procedía el murmullo. Un hombre moreno sentado en una butaca. Dormido.

Bien parecido. La mandíbula pronunciada, una barba de varios días. Demasiado alto y corpulento para dormir cómodamente en esa butaca.

*Logan.*

Ella gimió. El sonido reverberó en su cabeza, como el clamoroso tañido de una campana. Los suaves ronquidos cesaron y el hombre se incorporó en la butaca.

—¿Bailey? —Se levantó rápidamente y se acercó a la cama—. ¿Estás despierta, cariño?

Ella reculó, hundiéndose en la cama y, más profundamente, en el confortable nido que le ofrecía seguridad.

*Sábado, 19 de abril*

05:24

*La luz penetró en su retina. Intensa e hiriente. Parecía decir: «¡Por aquí! ¡Aquí estarás a salvo!»*

*Bailey se resistía. Este era el lugar seguro. Mullido y cerrado. Protegido. Pero la luz la atraía, insistente. Acompañada por un sonido. Y una*

*sensación de hormigueo, como si todo su cuerpo hubiera cobrado de nuevo vida.*

*Era inútil resistirse. Se volvió hacia el sonido y la luz, con las manos extendidas.*

Bailey abrió los ojos y pronunció su nombre.

# PRIMERA PARTE



# 1

*Tres meses antes*  
*Islas Gran Caimán*

—¿Crees en el destino, Bailey Browne? —preguntó él—. ¿Que dos personas pueden estar destinadas a encontrarse?

Estaban sentados en la playa, ella y este atractivo extraño con el que había pasado las ocho últimas horas. Las horas más insospechadas, emocionantes y románticas de toda su vida.

Se volvió para escrutar los ojos penetrantes e intensos del extraño. Debería decirle que esas ideas le parecían ridículas. Hacerse la mujer fría y sofisticada. Pero no era su estilo.

—Sí, creo en el destino —respondió con voz ronca—. ¿Y tú, Logan Abbott?

Él dudó unos instantes; su expresión traslucía vulnerabilidad.

—No creía en él. Hasta que...

*Hasta esta noche. Hasta que apareciste tú.*

Las palabras permanecieron suspendidas en el aire entre ellos, silenciosas. Embriagadoras. Excitantes.

*Estaban destinados a encontrarse.*

Él tomó la mano de ella, enlazando los dedos con los suyos.

—¿Has visto amanecer alguna vez en el Caribe?

—Nunca. —Ella apoyó la cabeza en el hombro de él—. ¿Es muy hermoso?

—Lo más hermoso que cabe imaginar. ¿Puedes quedarte a contemplarlo conmigo?

—De acuerdo. —Bailey volvió la cabeza para observar su marcado perfil—. ¿Has visto muchos amaneceres?

—En todo el mundo.

—¿Has visto amanecer sobre un trigal en Nebraska?

Él se rió.

—La verdad es que no.

A Bailey le gustaba el sonido de su risa, grave y áspera, como un gruñido. Se acurrucó contra él.

—Deberías anotarlo a la cabeza de tu lista —dijo con tono guasón—. Es espectacular.

Él se llevó la mano de ella a los labios y le besó la palma.

—Sólo si prometes contemplarlo conmigo.

Bailey comprendió que en este momento podía perderse. En el sonido de la voz de este hombre, en la sensación de sus labios sobre su piel.

Escabullirse. Desaparecer para siempre.

—Lo prometo —murmuró, y él la abrazó y se tendieron en la arena.

Bailey lo observó mientras dormía. No habían hecho el amor. Después de contemplar el amanecer habían regresado a la habitación de ella y habían dormido abrazados.

Era tan guapo que quitaba el aliento. El pelo negro y los ojos de un verde claro, unas facciones clásicas, una boca bien perfilada. Misterioso, pensó ella. El atormentado protagonista de una novela. Herido profundamente por alguien muy especial para él. Que confiaba encontrar a la mujer adecuada que le devolviera la alegría de vivir.

¿Eran todas las mujeres tan irremediabilmente románticas como ella?, se preguntó Bailey, resistiendo el deseo de deslizar un dedo sobre esos labios maravillosamente delineados. ¿Al igual que ella, se sentían atraídas por lo que podía acabar destruyéndolas?

Él abrió los ojos. En su boca se dibujó una breve y perezosa sonrisa que a ella le encantaba.

—Buenos días.

—Dormías tan apaciblemente que no quise despertarte.

—No dormía.

Ella se ruborizó.

—¡Estabas dormido!

—No. —Él se rió—. Fingía estarlo.

Ella no insistió y deslizó un dedo sobre su boca perfecta.

—¿Para burlarte de mí?

La sonrisa se borró de su rostro.

—Porque no quería que este momento terminara.



Inexplicablemente, ella notó que las lágrimas afloraban a sus ojos. Pestañeó para reprimirlas, sintiéndose como una estúpida.

—No lo hagas —dijo él.

—¿Qué?

—Tratar de ocultarme quién eres. Quiero saberlo todo sobre ti, Bailey Browne.

—Ya te lo he contado todo.

—No lo creo. —Él tomó su rostro entre sus manos—. ¿A qué vienen estas lágrimas?

—¿Esto es real? —Ella lo miró a los ojos, escrutándolos—. Es como si mis sueños hubieran hecho que aparecieras, que nos encontráramos. Todo lo sucedido entre nosotros.

—Te prometo que soy real. —Él tomó la mano de ella y la apoyó sobre su corazón—. ¿Sientes cómo late?

Ella asintió y se acurrucó contra él. De pronto pensó en su madre. En sus esperanzas y sufrimientos, sus sueños y desengaños. Buena parte de ellos se centraban en su hija. Bailey había hablado a Logan sobre la enfermedad de su madre y sobre su muerte. Lo mucho que aún le dolía.

Alzó la vista y lo miró a los ojos.

—Hice este viaje para celebrar la vida de mi madre. Para honrarla... viviendo intensamente. ¿Crees que tiene sentido?

Él le acarició el pelo.

—Por supuesto.

En los labios de ella se dibujó una sonrisa.

—Y aquí estás.

—Y tú también.

—Es duro perder a las personas a las que amas.

—Nunca desaparecen por completo si las amabas realmente. Dejan un pedacito de sí mismas. Aquí.

Apoyó la mano en el pecho de ella. Bailey se preguntó si sentía la furia con que latía su corazón.

—¿Y tú? —preguntó con voz ronca—. ¿A quién has amado y perdido?

—A todo el mundo —respondió él.

En ese momento, al oír esas palabras tan reveladoras, ella comprendió que estaba perdida e irrevocablemente enamorada de él.

Antes de que pudiera responder, él la besó. Ella le devolvió el

beso y allí, mientras el sol penetraba a través de las persianas, hicieron el amor por primera vez.

Estaban sentados uno frente al otro en una mesa en la cabaña con techado de paja que constituía el bar. Sonaba una canción de Bob Marley. Zumos tropicales adornados con diminutas sombrillas de papel. Mujeres en bikini cubiertas con camisas transparentes. Mujeres muy bellas, exóticas.

Todas se habían fijado en él. Varias habían flirteado abiertamente con él, como si ella no estuviera presente. Como si supieran, al igual que Bailey, que él se hallaba a un nivel muy superior al suyo.

De repente ella se sintió acomplejada.

—¿Por qué estás conmigo? —preguntó, inclinándose hacia él.

Él la miró disgustado.

—¿Por qué me preguntas eso?

—¿Por qué crees? Podrías tener a cualquier mujer de las que están aquí. En esta playa. ¿Por qué yo?

—Eres la única mujer que quiero.

Sus palabras, la forma en que fijó la vista en sus labios, la excitación. Mientras sentía que se le ponía la piel de gallina en los brazos, en su mente se disparó una señal de alarma.

Pero se apresuró a silenciarla.

—Te pareces al protagonista de la serie televisiva *Mad Men*.

Él arqueó una ceja con gesto divertido.

—¿Don Draper?

—Sí. Supongo que te lo habrán dicho en otras ocasiones.

Él se encogió de hombros.

—La gente ve lo que quiere ver.

—¿Y qué ves tú cuando me miras?

—A Don Draper no, te lo aseguro

Ella se rió, complacida de su sentido del humor.

—Menos mal.

La sonrisa se desvaneció de los labios de él.

—Te veo a ti, Bailey.

Ella hizo un mohín y él la miró irritado.

—No hagas eso. No tienes que hacerlo y no te favorece. No eres como esas otras mujeres. No eres una muñeca Barbie. Eres auténtica, sin trucos ni artificios.

Se inclinó hacia ella.

—Sigues creyendo que todo es posible. Crees en el amor verdadero, que el bien triunfa sobre el mal y en los finales felices.

Era verdad, pensó ella. En el fondo creía en todas esas cosas, por más que la vida le había demostrado repetidas veces lo contrario.

¿Cómo había averiguado él tantas cosas sobre ella en tan poco tiempo?

De la misma forma que ella había averiguado tantas cosas sobre él.

—¿Y tú? —preguntó Bailey—. ¿Crees en los finales felices?

Los ojos de él se ensombrecieron. Tomó las manos de ella y se inclinó hacia delante.

—¿Puedes creer tú lo bastante por los dos?

Ella sintió que tenía la boca seca. Se le formó un nudo en la garganta. ¿Cuántas veces le había dicho eso a su hastiada y derrotada madre? «Yo creeré por las dos, mamá. Todo cambiará para nosotras, ya lo verás.»

Era demasiado tarde para su madre. Pero no para ella.

—Sí —respondió bajito—. Te quiero.

Él sonrió lentamente, satisfecho. Como un gato. Una sonrisa de oreja a oreja. Seductora y peligrosa.

—Eres perfecta, Bailey Browne. Absolutamente perfecta.

La maleta de Bailey estaba abierta sobre la banqueta del equipaje. Mañana regresaría a casa. Tenía el corazón destrozado.

Logan estaba sentado en la esquina de la cama, observándola mientras ella hacía la maleta, en silencio. Durante las últimas horas apenas había despegado los labios y ella había llenado el silencio hablando sin parar.

—Todo lo bueno termina. Era lo que solía decir mi madre.

Tomó un montón de camisetas y de *shorts* doblados y los metió en la maleta.

—«Bailey —continuó, imitando a su madre—, si todos los días fuera Navidad, no sería un día especial. O si comieras helado de chocolate todos los días, no te parecería tan delicioso. Así es la...»

—No te vayas.

Ella trató de ocultar lo desolada que se sentía en estos momentos.

—Mi vuelo sale mañana. Debo irme.

—No tienes que irte. Quédate. Alarga tus vacaciones.

Ella lo miró a los ojos.

—¿Así, sin más?

El corazón le retumbaba en el pecho.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente en serio. Cambia tu vuelo.

—No me reembolsarán el dinero del billete.

—Yo te pagaré otro.

Los pensamientos se agolpaban en la mente de Bailey. ¿Por qué tenía que regresar? Había dejado su trabajo para ocuparse de su madre y el nuevo semestre escolar acababa de comenzar. No tenía familia y sólo unos pocos buenos amigos.

—Te costará una fortuna —dijo, meneando la cabeza.

—No importa. Puedo permitírmelo.

—Pero mi habitación...

—Yo lo arreglaré con el hotel. O puedes trasladarte a mi habitación.

*A su habitación y a su vida, haciendo que la suya desapareciera para siempre.*

—En este tipo de lugares desaparecen muchas jóvenes. —Las palabras brotaron de sus labios antes de que pudiera darse cuenta.

Él la miró con inopinada frialdad y se levantó.

—Lo siento. No sabía que pensaras así.

—No es que piense así... Soy una mujer soltera, debo andarme con cuidado.

—Lo entiendo. —Él se encaminó hacia la puerta, pero se detuvo y se volvió hacia ella—. Supuse que esto era tan importante para ti como para mí.

Ella le había herido. Por imposible que le pareciese, lo detectó en el tono de su voz y lo vio en sus ojos.

—¡Espera! —Bailey extendió la mano—. Es que...

—No te fíes de mí.

—No, claro que me fío. Pero...

—¿Hace sólo cinco días que nos conocemos? ¿Tienes que ser precavida y no arriesgarte? —La voz de él adquirió un tono más grave—. No puedes tener esto, lo que hay entre nosotros, y no arriesgarte.

Tenía razón, pensó Bailey. El tiempo físico no importaba, en su corazón lo conocía desde siempre. Era el hombre con el que había

soñado que se encontraría algún día. Esto que había estallado entre ellos, el amor que ella siempre había anhelado.

—Lo haré —dijo, asintiendo para recalcar sus palabras—. Pero yo pagaré mi billete.

En los labios de él se insinuó una sonrisa.

—Entiendo que quieras ser independiente, pero...

—No. Me parece bien gastar el dinero del seguro de vida de mi madre en esto. Ella siempre quiso que yo encontrara lo que ella nunca...

Bailey sintió un nudo en la garganta y no pudo terminar la frase. Él la atrajo hacia sí y la abrazó. Ella le rodeó el cuello con los brazos y apoyó la cabeza en su hombro. Permanecieron abrazados largo rato; el corazón de él latía con fuerza y de forma acompasada contra el de ella.

¿Cómo podía algo que le proporcionaba una sensación tan maravillosa no estar bien?, se dijo Bailey.

Se apartó un poco, alzó el rostro y lo miró a los ojos.

—Mi padre nos abandonó cuando yo era una niña de corta edad. A mi madre le destrozó el corazón y no volvió a rehacer su vida con otro hombre. Pero quería que yo tuviera lo que ella nunca tuvo. Quería que tú te cruzaras en mi camino.

—Y así ha sido, Bailey. Jamás te abandonaré.

La misma maleta estaba abierta sobre la misma cama. Les rodeaba el mismo silencio opresivo. La sensación de pérdida, pensó Bailey, de que su corazón iba a partirse en mil pedazos.

No, la pérdida era ahora más profunda y dolorosa. Si él se había propuesto seducirla para que cayera en la trampa, lo había conseguido. La mera idea de vivir sin él le resultaba insoportable.

—Pero no dejaremos de vernos —dijo, asumiendo un tono de falso optimismo—. Nos hemos trazado un plan. Funcionará.

Él no respondió y ella continuó:

—Vendrás a Nebraska para contemplar el amanecer, y yo iré a Luisiana para degustar el excelente marisco. —Sacó un montón de camisetas del cajón de la cómoda—. No es como si viviéramos en planetas distintos. No...

—Para —dijo él—. Por favor. Quiero decirte algo.

Bailey notó que se le secaba la boca.

—¿Qué? —balbució.

—Estuve casado —respondió él—. Mi mujer me dejó.

—Ah. —Bailey no sabía qué decir. La idea de que él hubiera estado casado con otra mujer la dejó sin aliento. No debería ser así, los dos eran lo bastante mayores como para haber estado casados, y él era mayor que ella. No obstante, esa revelación la hirió profundamente.

—Un día regresé a casa y comprobé que se había marchado. Se fue con lo puesto y el dinero que había aportado al matrimonio.

Bailey se aclaró la garganta; se sentía como una cierva atrapada ante los faros de un vehículo que se precipitaba hacia ella.

—¿Por qué... no me lo dijiste antes?

Él fijó la vista en sus manos y luego la miró a ella.

—No me gusta hablar de ello.

Estaba claro que el tema le hería profundamente. Debido al abandono por parte de su padre. Bailey comprendía lo que significaba sentirse traicionado por la persona a la que más querías. La persona en la que confiabas y en la que te apoyabas.

«¿A quién has amado y perdido?»

«A todo el mundo.»

Ella apenas podía articular palabra.

—De modo que... ¿Por qué ahora, Logan?

—Hay más. Unos rumores repugnantes sobre mí. Sobre True y yo, sobre mi familia. Los he soportado durante gran parte de mi vida, pero quería que lo supieras antes de que... Cásate conmigo, Bailey.

Ella lo miró atónita, convencida de que no había oído bien.

Pero al mirarlo comprendió que sus oídos no la engañaban.

—Cásate conmigo —repitió él—. Quiero vivir el resto de mi vida contigo.

Ella experimentó una sensación muy extraña. Como el hormigueo de electricidad estática. De la cabeza a los pies. La sensación iba acompañada de un sentimiento de euforia. Y de absoluto terror.

—Estás loco. Nos hemos conocido hace tan sólo...

—Todas nuestras vidas.

Ella emitió una risita nerviosa.

—Iba a decir doce días.

Él se le acercó, tomó sus manos y la miró a los ojos.

—Puede que sea una locura, pero tengo la impresión de conocerte de toda la vida.

Por más que le aterrorizara confesarlo, ella sentía lo mismo.

—¿Hablas en serio?

—Desde luego. Escucha, Bailey, podríamos despedirnos con la intención de volver a vernos. Pero seamos sinceros, nos alejaríamos el uno del otro y esto sería el fin de la historia.

Le apretó las manos con fuerza.

—Esto no puede ser el fin de la historia, Bailey. De *nuestra* historia.

Él le soltó las manos y apoyó una rodilla en el suelo. Sacó un estuche de cuero blanco del bolsillo.

—Te amo, Bailey Ann Browne. ¿Quieres casarte conmigo?

Abrió el estuche. Contenía un anillo con el diamante más soberbio que ella había visto jamás.

Bailey levantó la vista del anillo y lo miró a los ojos. *Él la amaba*. Ella se lo había dicho una docena de veces, pero él había esperado el momento oportuno. Para que esto fuera perfecto.

Vivieron felices para siempre, pensó Bailey. Así sería la historia de Logan y de ella.

Creía en los cuentos de hadas. Y este era su cuento de hadas.

—Sí, Logan —dijo bajito—. Te amo y me casaré contigo.